



EL RECUERDO TRÁGICO EN LA NOVELA CHILENA CONTEMPORÁNEA

Leonor Dinamarca Carrasco

Al parecer la novela chilena actual se enmarca en una “tipología” DEL RECUERDO-OBSESIVO-TRÁGICO. Este recuerdo aparece como una constante en un gran número de novelas leídas lo cual podría dar un indicio de búsqueda al momento de acercarnos a un texto narrativo. Los personajes presentes en esta novelística chilena contemporánea, son seres dolidos. A ellos el mundo interno y externo les duele, sus recuerdos son dolor, sus vidas están marcadas por las heridas sin sanar que han ido ganando a lo largo del camino.

Los personajes se configuran a partir de su “propia” memoria trágica, la historia tiene sentido y se desarrolla a partir de hechos crueles e impactantes; el entorno y por tanto, también, la temporalidad van impregnando esta singular forma de percibir el mundo que, a nuestro juicio, se mira a bajo el prisma del dolor; de un dolor que se genera como producto de la muerte, el suicidio, la violencia, el exilio, una violación, el desamor, las relaciones humanas tormentosas, el engaño, la infidelidad, etc.

Inútilmente se trata de extirpar el dolor en el transcurso de la narración; porque de todas maneras, el dolor predomina convirtiéndose en figura y fondo de lo que el lector percibe.

La muerte es un gran hilo conductor dentro del relato: se parte desde la muerte (es una muerta quien narra *La amortajada*) o se termina en una muerte (*El daño*). La muerte impregna a la novela chilena de una manera agobiante. Los personajes, dentro de la obra, cargan su propia muerte o las ajenas, pero están marcados desde un comienzo a un desenlace que implica una muerte física o una muerte psicológica (arrancar o tratar de extirpar los dolores en una suerte de eterno retorno). Muy diferente a la muerte concebida como un proceso vital como el que nos entrega Cervantes. Don Quijote muere luego de un largo andar, como consecuencia de un movimiento propio de toda vida; las muertes presentes en la narrativa chilena actual, nos dejan el sabor amargo de una vida inconclusa, de la que queda patente algo que no fuimos capaces de realizar. La muerte en nuestra novela chilena contemporánea no es el descanso de la labor cumplida, es el martirio, la condena, el sin retorno, el fin sin sentido que nada soluciona.

La soledad es otro punto insistente y enquistado durante los relatos. Percibimos una soledad que hace que los personajes sean seres aislados, ajenos unos a otros. Independientes con respecto al entorno y a sus pares. Los actores de nuestras obras comunican a partir de su propia interioridad, única e irrepetible; pero, a la vez, esta interioridad es una sola voz que no está conectada con la voz de los otros porque es una voz íntima que, evidentemente, se genera en aquellos espacios de soledad que permiten digerir la vida.

Los narradores no narran el afuera sino el adentro, la interioridad de sus personajes. O bien un afuera que en primera instancia es internalizado por este narrador y luego, después

del proceso de elaboración mental, es entregado al otro (en este caso al lector o a otros personajes). Por lo tanto, no vemos una pintura objetiva de aquello que está afuera como en corrientes narrativas anteriores. Vemos, en cambio, el proceso mental de un personaje y este mundo que nos es mostrado está sesgado por la propia visión particular de uno o varios personajes dentro de la novela.

Otra constante interesante la constituyen los viajes o desplazamientos que nos dejan la sensación de que la novela se enmarca en los límites de “inicio y término” del desplazamiento. Como consecuencia, la obra al estar situada en un espectro mínimo “el del viaje” nos lleva a un tipo de realidad que se manifiesta como temporalidad presente y pasada. Los hechos se desarrollan con movimiento zigzagueante, van sucediéndose en un presente y un pasado siempre gravitante, con el recuerdo que atrapa como un mal sueño.

Los personajes viven el aquí y el ahora recordando su pasado cercano, aquel que los marcó en forma individual; no van detrás de su origen buscando su sentido de vida o su “marca genética indeleble”, los personajes buscan aquel pasado que les ha dejado marcas crueles y que adquiere un sentido para ellos mismos y en forma particular. No se busca, con esto, elevar la novela a un género de culto que debe al ser humano; quizás simplemente se pretende dar cuenta de la individualidad propia del hombre actual. Así es como cada acción que deciden los personajes se plantea como una respuesta necesaria frente al pasado para no repetirlo, para liberarse, o para vengarse o, en un inútil intento de superarlo y vivir con él.

No hay visión de futuro, no hay proyección ni se señala un empezar de “aquí hacia delante”. El círculo que nos presenta la novela chilena es la svástica invertida; es decir el retroceso, la mirada constante y obsesiva hacia un pretérito. Don Quijote, en cambio, avanzaba; comenzó a leer el libro de su vida, o bien a redactarlo, sin volver la vista atrás. Por algo me gusta el uso de los verbos en boca de este loco: “*Yo sé quien soy y sé quien puedo ser [...]*” pero no hace referencia sobre quién ha sido hasta el final. Don Quijote “es” y desde allí se convierte en el sujeto de la acción y es parte de la configuración del mundo en avance.

En resumen, la realidad como temporalidad presente y pasada, la muerte, el dolor, la soledad, el viaje o desplazamiento, el recuerdo trágico son temas recurrentes en nuestra novela contemporánea y que analizaremos, a modo de ejemplo en la obra *El daño* de Andrea Maturana¹.

Dos amigas realizan un viaje físico hacia el desierto de Atacama. En este tránsito lleno de recuerdos; en el cual, cada una trata de reconstruir espacios personales que se creen perdidos y de verse en una realidad que las lleva al encuentro consigo mismas y con la vida; la acción narrativa se va configurando en un lugar desértico en el que las protagonistas logran desentrañar sus conflictos íntimos y, a su vez, aprenden a compartirlos al asumir las sensaciones y acontecimientos que las han impulsado a elegir de alguna u otra manera esta vía de escape. La soledad del lugar les facilitará la confianza y un posterior entenderse como amigas, seres humanos y mujeres.

Aunque no se precisa la fecha exacta en que comienza la acción, por el tipo de lenguaje y de escenarios que nos parecen familiares podríamos decir que se trata de una novela ambientada en los años noventa, en un Chile que nos parece actual y cotidiano, es

¹ Maturana, Andrea (1997): *El daño*. Editorial Alfaguara. Santiago.

decir, en un Chile donde lo real se esconde y las caretas aparecen envolviendo aquella realidad de la cual nadie quiere hablar ni compartir ni menos entender.

El escenario mayor en que se mueven las protagonistas es, sin duda, la interioridad de cada una; allí podemos observar, entonces, a una Elisa que ha guardado todo lo que aconteció con su padre, que tiene temores y que tiene como aliado al silencio.

La realidad de ambas mujeres se va manifestando sin ataduras, las dificultades en el camino son las propias tentaciones que el destino les pone a estas almas para que no encuentren la luz; pero estas amigas continúan la ruta ardua y agotadora que significa el ir descubriendo los rincones más sombríos que cada una posee, así también el lector se va identificando como un ser humano de profundos y complejos procesos internos. La narración, entonces, se convierte en un relato íntimo, Gabriela y Elisa van desnudándose a lo largo de este caminar para encontrar en medio de la soledad algo tan valioso como “ellas mismas”.

Como podemos apreciar, la obra envuelve al lector y lo hace por medio de una voz femenina que se manifiesta a través del dolor, la pena, la soledad y la muerte; pero por sobre todo a partir del recuerdo como elaboración compleja del pensamiento que va dando curso a los acontecimientos que se nos van presentando a lo largo de la novela.

El daño es la gran metáfora; es lo que trasciende al dolor humano, es la cadena que liga al hombre y por lo tanto a la mujer a su entorno. Así entonces, “el daño” es lo explícito y lo implícito es el “recuerdo”, ya que el dolor de cada una de las mujeres se da a partir de un recuerdo que se ha enquistado como una espina molesta. Los malos recuerdos son los que deben extraer de sí Gabriela y Elisa y mientras aquel proceso de purificación no se logre el dolor permanecerá inmutable.

La novela nos devela la soledad del hombre actual, la necesidad de comprensión y de comunicación, la necesidad imperiosa de amor como una relación de entrega total y de recibimiento total. Así vemos como hombre y mujer están solos en el mundo y cómo estos seres son incapaces de salir de la profundidad del abismo en que se encuentran. Es por eso, seguramente, que la obra muestra que a partir del dolor los desencuentros son cada vez más profundos entre las personas.

Es curioso apreciar como la obra no se cierra en la pareja heterosexual, ni en un ideal de pareja específico. Decimos curioso porque a pesar de las soledades el individuo desea mantener viva, de alguna manera, la fuente de vida que es la relación de pareja. Asumimos, por cierto, que esta “fuente” recién mencionada no podría ser otra que el amor. Ahora, desde esta perspectiva, se puede entender en alguna medida que la necesidad del otro es tan fuerte que se da entre iguales o entre amantes o entre amigas aumentando, de este modo, el universo de personas a quienes poder amar y a quienes poder entregarse.

En *El daño* se manifiesta la idea de sujeto mirado bajo el prisma de la mujer; se nos presenta como un ser de intimidades sumido en un mundo de revelaciones internas; lleno de sensaciones, de dolores enraizados, de cuestionamientos y de imágenes que tienen que ver con el recuerdo. Por esta razón, podemos decir que el “sujeto” en la obra es un ser que utiliza la racionalidad al hablar, al atar cabos sueltos en su vida, al compartir con el otro su propio mundo. Ahora bien, linealmente se ve que el resto del tiempo el sujeto se transforma en un ser que siente profundamente su dolor o bien que, a través de otras sensaciones, pretende

adormecer ese dolor. En resumen podemos decir que el sujeto es un ser dual, ya que piensa y siente y es por medio de su pensamiento racional que logra sacar fuera sus sentimientos y sensaciones para lograr, de ese modo, comprender su intimidad y asumirse como ser humano.

En la novela se entrelazan muchas historias a partir de los sentimientos de las protagonistas. La historia particular de estas amigas se gesta a partir de los recuerdos que cada una trae consigo. Hay carencia de detalles temporales concretos como años o épocas históricas precisas. La historia se genera desde la intimidad de dos mujeres. Son los recuerdos los que abren la puerta para que el relato comience; estos mismos recuerdos, entonces, dan cuenta de “la historia” como paso del tiempo. Cada una de las protagonistas tiene sus propios recuerdos y, por lo tanto, su propia historia; una historia que está marcada por hitos trascendentes en la vida de cada una: una violación, una muerte, el amor, una discusión, un hombre casado, etc. La historia se enmarca en un tiempo mínimo; se desarrolla a partir de un viaje, durante un viaje y en la breve posterioridad de aquel viaje.

De este modo se nos abre la puerta del tiempo dentro de la obra; pero no como un tiempo rígido, sino como un tiempo circular en donde podemos apreciar y vivir el hilo continuo de Elisa y Gabriela. Así también podemos apreciar, recatar y vivir el hilo circular de nuestra propia intimidad, pues nos identificamos con la historia, aceptamos el relato y tratamos de entender la novela.

Podemos concluir que en la novela hay un mundo íntimo que se manifiesta por medio de la palabra que nos introduce en la intimidad del ser humano generando una atmósfera y configurando un mundo. Hay un afuera que es el reflejo de un adentro, una aridez y una soledad desértica que es en el fondo la representación del alma o de la interioridad de cada una de las protagonistas; quizás es eso, precisamente, lo que nos entrega la novela: el asumir que estamos solos en el mundo y que lo único que nos acompaña en nuestro andar es nuestro propio ser. *El daño* nos enseña a asumimos como personas con recuerdos y nos presenta además la posibilidad de torcerle la mano al destino y de encontrar la luz interior luego de este gran camino llamado vida.